

Señor: Él protesta que tiene la ciencia de Dios, y se nombra Hijo de Dios..... y se gloria de que tiene por Padre á Dios. (1) Y efectivamente, el Hijo de Dios se gloria de su Divino Padre. Yo conozco al Padre, porque de Él tengo el Sér, y Él es el que me ha enviado..... Mi Padre es el que me glorifica, decia el Salvador á los judíos, Aquél que decís vosotros que es vuestro Dios: vosotros empero, no le habeis conocido: Yo sí le conozco. Y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros. Pero lo conozco bien, y observo sus palabras. (2) Y ¿cómo pudiera el Unigénito de Dios, no gloriarse de tenerle por su Padre, de ser el Hijo de Aquel Padre tan santo y adorable, piélagó infinito de perfeccion y grandeza; eterno, omnipotente, sapientísimo, Sér de los seres, y criador de cuanto existe? ¿cómo no gloriarse el Verbo del Eterno, de su inefable y santísima generacion, de venir de Aquél supremo y soberano Dios que le ha dado cuanto tiene, y que siempre está en el Hijo, siendo un verdadero y solo Dios con el Hijo que ha engendrado?

¡Oh Hijo del Eterno, Admirable, Consejero, Dios, Fuerte, Padre del siglo futuro, Príncipe de la paz, (3) gloriaos en vuestro Padre, porque sois su viva imágen, permanente, sustancial y perfectísima; y porque en Vos está, ese mismo Padre origen y principio de la vida, la grandeza y la gloria eterna y soberana que habeis tenido en Él ántes que el mundo fuese. ¡Ah! Vuestra vida nos encanta; vuestra grandeza nos humilla; y vuestra santa gloria nos llena de alegría, y nos

[1] Sap. II. 13, 16. [2] Joann. VII. 29.-VIII. 54, 55. [3] Isa. IX. 6.

hace bendeciros y alabaros sin descanso. ¡Bendito seais mil veces, Hijo muy amado del Divino Padre! Que los cielos y la tierra os alaben y rindan las más hermosas bendiciones: que vuestra gloria aumente á cada instante; y las obras todas de vuestras divinas manos canten sin cesar vuestro adorable nombre; y ensalcen con ardiente amor, al Padre Santo, que os ha dado su vida, su grandeza y su divina gloria.

CAPÍTULO IX.

§ I.

EL UNIGÉNITO DE DIOS EN EL SENO DE SU PADRE.

Duran todavía los bellos resplandores que han iluminado el alma, cuando hemos meditado en el Divino Padre que está en el Hijo; y hé aquí que nuevas y brillantes luces nos rodean por todas partes, y quedamos sumergidos en un océano de inmensa claridad. En el órden natural cuando el sol declina hácia el Ocaso, y aparecen luégo, teñidas de carmin y grana, las nubes de Occidente, sabemos que se acercan las tinieblas, que por cierto no tardan en llegar: reina en seguida, tristísimo silencio; y aquel reposo en que se halla el mundo seméjase al reposo de la tumba: descúbrense fantasmas de terror, y se escuchan fatídicos rumores: ¿dónde está la vida, dónde los armoniosos y sentidos cantos, y el festivo y continuo movimiento en que cerríase el mundo cuando la luz reinaba?

Lo que hemos dicho no pasa en el mundo de la gracia, apenas la claridad de Dios se va alejando de no-

Padre Felipe Castañón

sotros, cuando ya vemos la tibia luz de la naciente aurora, y luégo viene el sol, derramando por doquiera, el fuego ardiente de su viva llama; y aquellas transiciones que notamos con trabajo, no eran sino para dar descanso á nuestra vista y aumentar el vigor de nuestras fuerzas; y tambien, acaso, para que al vislumbrar las sombras que proyectaban en el alma la tristeza, anunciando á lo léjos, inmensa desventura, sepamos todos, que sin Dios no hay vida, ni bella claridad, ni puro y santo gozo, ni bien alguno. Mas ¡ay del hombre si las ligeras sombras se condensan, y las tinieblas lo llegan á cubrir por todas partes! ¿no se acordará que Dios esconde la luz entre sus manos; (1) y sollozando, y penetrado de dolor inmenso, no querrá exclamar diciendo estas palabras: ¿Qué alegría puedo yo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo? (2)

Quédanos, pues, si nos hallamos en esas circunstancias, decir con el Profeta Rey: Derramad sobre tus siervos la luz de tu semblante: salvadnos por tu misericordia. [3]

¿Cuál es la hermosa y nueva claridad con que Dios ilumina nuestros ojos, el resplandor de su divino rostro? Es el Unigénito del Padre que está en su seno: insondable misterio, palabras son estas que descubren un abismo que no alumbrá la luz de los mortales: por esto, llenos de temor, y con tarda y balbuciente lengua, exponemos nuestros humildes conceptos. (4)

¿Cómo está el Hijo de Dios en el seno de su Padre?

[1] Job. XXXVI. 32. [2] Tobiae. V. 12. [3] XXX. 17.
[4] Secretum Patris sinus Patris vocatur. Aug. In Joann. T. III. n. 17.

Como el manantial (1) en la fuente, la luz en su foco, la palabra en la inteligencia.

El seno del Padre; hé allí la region, si así llamarse puede, de inefable y eternal ventura, donde brillan el poder y la grandeza, y la ciencia, y la más elevada y bella santidad; region divina que es el amoroso y blando lecho en que descansa el Hijo del Señor, del que, cantó David: En el sol puso su tabernáculo: y Él como esposo que sale de su tálamo. (2)

En esa region de que tratamos, resplandece la luz más hermosa, y se encuentra la razon de toda vida: allí el Hijo del Eterno, recibe esa vida de su Padre, y con ella, toda su virtud, y su poder, y la grandeza, y la terrible y soberana majestad del mismo Padre; y todos los tesoros de la sabiduría y la ciencia, con tan prodigiosa é inefable comunicacion, que el Padre no es más grande, ni más rico, ni más santo, ni dichoso que su Divino Verbo.

En ese adorable seno reina la más alegre y dulce paz; la dicha vive, y están siempre rebosando las inefables delicias de la gloria. ¿Quién podrá turbar aquel reposo eterno en que descansa el Hijo? ¿llegarán, acaso, alguna vez, á disminuir esas delicias que goza en el divino y adorable seno del Eterno?

Es el Verbo, el Hijo Unigénito de Dios, su imagen viva y sustancial, que cumplidamente expresa todas las perfecciones de su Padre. Ahora bien, acá en la

[1] Fuente, manantial. Adoptamos relativamente á nuestro objeto en el presente capítulo, la significacion que entre otras hallamos en el Diccionario de la lengua: Fuente, Principio, fundamento y origen de alguna cosa. Manantial, el agua que mana.—Tertul. contr. Prax. Basilius, Homil. princ. Joann. D. Th. I. p. q. 36. a. in 2. corp. [2] XVIII. 6.

vida, decimos que los padres renacen en sus hijos; mas hablando del Excelso Dios, tenemos que decir, que el Padre vive siempre en el Divino Hijo, en quien está, como el principio de toda su grandeza. ¿No veis brotar de alguna fuente un hermoso y rico manantial? Éste no reconoce otro principio que la fuente dicha, ni recibe de otra parte el caudal de sus copiosas aguas, las que no son diversas, sino las mismas que la fuente tiene; así tambien en Dios; el Hijo todo lo recibe de su Padre con quien tiene una misma sacrosanta y dulce vida.

Pero notemos algunas diferencias. El manantial no recibe de una vez, toda la riqueza de la fuente, y á proporcion que sus aguas van corriendo, se van retirando de su origen; aguas que, absorben los terrenos por donde pasan, y que al evaporarse disminuyen; que pueden dividirse en mil corrientes, y llegar por fin, á consumirse. Todos morimos, decia en otro tiempo á David, una mujer, todos morimos y nos deslizamos como el agua sobre la tierra, que no vuelve atras. (1) Nada de esto pasa en Dios Nuestro Señor. De aquella fuente divina que es el Padre, eternamente brota el manantial inagotable de la vida, el Hijo de Dios mismo: en un solo acto recibe toda la riqueza de su Padre; nunca disminuye el caudal de sus ondas, ni su bella y purísima corriente llega jamas á enturbiarse: ese manantial no se aparta de su origen, ni puede dividirse, pues á todas partes viene, trayendo consigo, la plenitud de su grandeza.

En las aguas de un hermoso y sereno manantial, acaso podemos ver nuestro semblantè; mas esa imágen

[1] II. Reg. XIV. 14.

de nosotros mismos, pasa y se borra á cada instante, así como, en realidad, tambien pasamos por el mundo cual una imágen que aparece un solo instante. [1] Mas ¿cómo registrar en esas aguas, la elevacion de su origen, ó la fuerza y la belleza con que brotan al salir, ó el iris que les sirve de corona cuando heridas del sol, descenden al profundo valle? En cuanto á Dios; el Padre se contempla eternamente en su Divino Hijo, su viva imágen, imágen que no pasa; mas siempre la tiene delante de Sí mismo; y quien llegare á ver este hermoso y rico manantial, verá tambien al Padre que es la fuente de donde nace. Quien me ve á Mí ve tambien á mi Padre, nos dijo el Divino Salvador.

Dios hace nacer los manantiales de las aguas al pié de las montañas, decia David, y por medio de los montes pasarán las aguas. (2) Mas ¿qué manantial es este de que hablamos que ha nacido eternamente, allá en la altura, (3) y que en vez de ser dominado por los montes, los domina todos, derramando en ellos el agua y el rocío que los fertiliza y engalana? ¿Qué fuente es aquella de que salen esas aguas divinas, que no disminuyen su abundancia, ni pueden apartarse de su origen? ¿queréis saberlo? El Padre es origen de su Verbo. El Padre es esa fuente, el principio de donde viene el Hijo; y hé aquí la razon de tantas maravillas y grandezas. Dios es eterno, infinito y perfecto. El Hijo está en el seno del Divino Padre como la luz en su foco. Dios es luz nos dice San Juan, y en Él no hay tinieblas ningunas. [4] Y el Verbo de Dios era la luz

[1] Ps. XXXVIII. 7. [2] CHIL. 10. [3] Ecci. I. 5. (4) I. J. 5.

verdadera que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. (1) Ese Verbo es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de verdadero Dios.

La luz recibe de su foco su virtud, su resplandor y hermosura: y todo esto recibe del Padre su Divino Verbo, el cual es como una exhalacion de la virtud de Dios, y cual pura emanacion de la gloria de Dios omnipotente: por lo que, no tiene lugar en Él ninguna cosa manchada como que es el resplandor de la luz eterna, un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imágen de su bondad. Exhalacion más hermosa que el sol, y que sobrepuja á todo el órden de las estrellas; y si se compara con la luz, le hace muchas ventajas: visto que á la luz alcanza la noche. (2) Por esto amamos ese resplandor de la luz eterna más que la salud y la belleza, porque su viva llama es inextinguible, é incomparable su celestial y cándida hermosura: y por esto al contemplar la belleza que se halla derramada en las criaturas, levantamos los ojos á los cielos, y conocemos cuánto más hermoso que ellas, es el autor de la hermosura; así como tambien, el poder y la virtud de las criaturas, nos descubren que es más poderoso y grande su Criador. (3)

¿Qué cosa más resplandeciente que el sol? pues tambien se eclipsará. (4) Esto no sucede con aquella luz eterna, origen y principio de cuanta luz existe; y el vivo y puro resplandor que siempre sale de aquél divino foco, no disminuye, ni amortigua nunca su belleza. ¿No veis que esa luz si sale procediendo de su foco

(1) I. 9. (2) Sap. VII. 25, 26.-30. (3) Id. XIII. 3, 4. (4) Eccí. XVII. 30.

jamás se le llega á separar? Una misma es la fuerza con que arde y brilla el foco y la luz que engendra: una misma la belleza de uno y otra.

La luz al propagarse alumbra sucesivamente los objetos, que van apareciendo iluminados con más vivo resplandor, segun tambien que los inundan más copiosamente sus bellos manantiales. En cuanto á la eterna y soberana luz, de que tratamos, ella recibe en solo un acto, toda su pura y espléndida belleza, y en este mismo, la luz despidе todo su esplendor; y expresa con admirable y acabada perfeccion, todo lo que en Dios existe, las personas y todas las criaturas.

En otro tiempo, Dios preguntaba al Santo Job: Dime, si todo lo sabes, en qué parte recide la luz? [1] Nosotros sabemos que en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio en Dios..... Ciertamente es que á Dios nadie lo ha visto jamás; pero es cierto tambien, que el Hijo Unigénito existe desde la eternidad en el seno del Padre. (2)

La luz material alumbra nuestros ojos, y nos descubre la belleza de todo el universo; y al ocultarse, vienen las tinieblas, y ya no damos un paso en las sendas de este mundo, sin peligro; y sin embargo, en medio de las sombras, y envuelto el corazón en la tristeza, podemos todavía existir; mas la luz que brilla en el seno del Eterno, descubre la belleza de un mundo superior; las sendas que iluminan van al cielo; y si llega por desgracia, á ocultarse á nuestras almas, no sólo nos en-

(1) XXXVIII. 18, 19. (2) Joann. I. I. 2, 18.

vuelven las tinieblas, y queda, lleno de tristeza el corazón del hombre, sí que también, camina á grandes pasos á la muerte; y entre sollozos, afligido exclama: ¡Qué alegría puedo tener viviendo en tinieblas y sin ver la luz del cielo? (1)

Y aún esta misma luz que alumbra sus ojos corporales, no lleva ya el contento al fondo de su alma, que ántes bien, al descubrirle sus miserias, lo deja hundido en triste abatimiento. ¡Por qué razón, dice entónces, con el Santo Job, por qué razón fué concedida la luz á un desdichado, y la existencia á los que tienen que llevarla entre amargas y terribles penas? (2)

Es, pues, indispensable, buscar la luz del alma, en el seno del Eterno, porque en Él está, esa luz divina que alumbra y da vida á los hombres que vienen al mundo. Allí, en ese seno la hemos de encontrar; foco inextinguible de luz; fuente de vida y de divina gloria. En Ti, oh Dios! decía David, está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz hermosa que de Ti procede. (3)

El Hijo está en el Padre como la palabra en la inteligencia.

En el entendimiento humano hallamos la potencia, la imágen de lo entendido, y la operacion del mismo entendimiento; siguiéndose de lo dicho, que la palabra procede del entendimiento que se pone en acto; y que ella es la razón, y la semejanza de lo entendido. (4)

En cualquier naturaleza inteligente debe ponerse la palabra; pues cuando entendemos algo, formamos lo que se llama palabra. Mas ahora dejando la del hombre,

(1) Tobias. V. 12. (2) III. 20. (3) Ps. XXXV. 10. Calmet. (4) D. Th. in Joann. C. 1.

hablamos de la palabra de Dios; y preguntamos: ¿en qué se diferencia de la nuestra? Hé aquí lo que nos dice San Agustín, seguido por el Ángel de la Escuela.

Nuestra palabra primero que en acto, está en potencia; es ántes formable que formada; por lo que, cuando queremos concebir la razón de alguna cosa, la obtenemos racionando, si exceptuamos, acaso, solamente los primeros principios que siendo conocidos por sí mismos, se saben sin discurrir; y entre tanto el entendimiento no conoce con perfección, sino cuando ha concebido perfectamente toda la razón del objeto: y sólo entónces, el conocimiento se llama palabra.

Lo dicho no tiene lugar en el Verbo de Dios, que siempre está en acto, y que por lo mismo, no puede llamarse pensamiento. [1]

Nuestra palabra es imperfecta, la palabra de Dios es perfectísima. El hombre no puede con una sola, expresar todos sus conceptos; por esto reunimos muchas, que van explicando sucesivamente, nuestros pensamientos. Dios se entiende á Sí mismo, y cuanto entiende, por su esencia, con un solo acto, y por esto su palabra es una sola, y expresa todo cuanto en Dios existe, las personas y las criaturas. Si en esta palabra, dice San Agustín, hubiese ménos ciencia de la que hay en Aquél que la profiere, sería imperfecta; mas nos consta que la palabra de Dios es perfectísima; y por lo mismo es una sola. Dios habla una vez, dijo el Santo Job. (2)

(1) D. Th. cit. (2) XXXIII. 14.

El Verbo Divino es de la misma naturaleza con Dios, y por esto subsiste en esa misma naturaleza; no sucede así con nuestra palabra, pues la razón que hemos entendido, tiene solamente un sér inteligible; y en nosotros entender, no es lo mismo que la naturaleza del alma, pues ésta no es su misma operación; por lo cual en ella, la palabra es accidente; mas no su esencia. En Dios el entender y el sér es lo mismo; y su palabra no es un accidente; pertenece á su naturaleza; y por esto es subsistente, porque todo lo que existe en la naturaleza de Dios, es Dios.

Vemos, por lo dicho, que hablando con toda propiedad, la palabra de Dios debe tomarse personalmente; que es la semejanza de Aquél de quien procede; coeterna á su principio, pues no fué ántes formable que formada: siempre ha estado en acto; que es igual al Padre, como perfecta y expresiva de todo el Sér del Padre, con quien tiene una misma esencia y á quien es consustancial. Y procediendo como procede, en semejanza é identidad de naturaleza, con propiedad se llama Hijo; y su procesion, generacion. (1)

El manantial de la vida, la luz de la inteligencia, la palabra de eterna verdad, ved lo que hallamos en el seno del Divino Padre: ese manantial está lleno de las aguas de la divinidad; y su impetuosa corriente, alegra la ciudad de Dios. (2) Esa luz ilumina cuanto existe; y esa palabra sostiene el firmamento. (3)

Al contemplar la divina gloria y las riquezas todas, que atesora, el seno del Eterno, elevamos hácia Él

(1) D. Th. cit. (2) Ps. LXIV. 10-XLV. 5. (3) Id. XXXII. 6.

nuestras manos para demandarle gracia; y sin duda que ese Padre santo, rico para todos los que le invocan [1] con humilde y fervoroso ruego, nos dará lo que pedimos. Mas no lo hemos dicho todo: Él mismo nos llama; oid si no, la sonora y levantada voz de su Profeta: Sedientos, venid á las aguas. (2) Y ¿solamente su Profeta nos llama de este modo? No; que su Hijo mismo, el manantial divino, la luz indeficiente, su palabra eterna, también nos dice: Si alguno tiene sed, venga á Mí y beba; y de su seno brotarán fuentes de agua viva. (3) Y nos ofrece la luz y la verdad: Yo soy la verdad, Yo soy la luz del mundo, Yo soy la vida. (4)

Al escuchar tan dulces expresiones se llena el alma de consuelo, y en alas del amor y del deseo, se lanza al trono de la gran misericordia del Señor para encontrar auxilio en el tiempo conveniente.

Y vednos rodeados de la más pura y apacible luz; brilla delante de nosotros la verdad, y sentimos todos los encantos de la vida: amamos al Señor, á ese Dios excelso y adorable de quien procede eternamente su Divino Hijo; y siendo ese amor una verdad, escuchamos luégo estas palabras: El que permanece en caridad, permanece en Dios; y Dios en él permanece. (5)

Aquellas infinitas riquezas del Padre, están en nuestro propio seno; ¿cómo su inmensa grandeza ha podido encerrarse en lugar tan estrecho? Por esto observamos que al amar al Señor con tiernísimo cariño, prorumpimos en voces de júbilo; queremos que el mundo lo conozca y adore, no aguantamos el fuego que abra-

(1) Rom. X. 12. (2) Isa. LV. 1. (3) Joann. VII. 27. (4) Id. XIV. 6-VIII. 12. (5) I. Joann. IV. 16.

sa nuestro pecho, (1) y vamos clamando á todas partes: Amad al Señor: y el amor como un rio caudaloso, va llevando en sus aguas la vida, el encanto y las delicias que gozan nuestras almas en el eterno y soberano Dios; delicias y vida que desea comunicar á todo el mundo; y si acaso sentimos entibiarse nuestro celo, nos reprendemos á nosotros mismos, contemplando el manantial de vida eterna, la hermosa luz y la verdad que procede del seno del Padre. Dios nos ha comunicado cuanto tiene; ¡por qué nosotros pondríamos dique al impetuoso rio; y quisiéramos guardar la luz, oculta; y no decir, en fin, al mundo la verdad de Dios? Si nosotros callásemos hablarían las piedras. (2)

¡Y por qué no sale tambien, de nosotros, segun el lenguaje de los libros santos, una fuente de agua viva? ¡por qué no llevamos por doquiera, como fuego y luz, el nombre santo del Verbo del Señor, extendiendo en todo el mundo las llamas de su ardiente caridad? Hijitos míos, decia San Pablo, por quienes segunda vez padezco dolores de parto, hasta formar enteramente á Cristo en vosotros. (1) Y tambien: La caridad de Cristo nos urge. (2)

Que esas llamas, pues, abrasen y consuman nuestras almas; y pensando sin cesar en la gloria y las delicias que goza el Verbo del Señor, en el seno de su Padre, lo bendigamos y adoremos, sin descanso, hasta que, llegado el dia de nuestra dicha, podamos verlo claramente en los eternos y hermosos resplandores de aque-

(1) Hierem. XX, 9. (2) Luc. XIX, 40. (3) Galat. IV. 19.
(4) II, Cor. V. 14.

lla luz divina que los ojos de los hombres no pueden contemplar.

CAPÍTULO X.

EL PADRE Y EL HIJO EN EL ESPÍRITU SANTO.

§ I.

¡Cuál es el humano corazon que no ha sentido el encanto y las delicias del amor? Y léjos, muy léjos de nosotros tratar de esos tristes sentimientos que mancillan el alma y la degradan; que han usurpado aquel glorioso nombre; sentimientos que enturbian y corrompen las fuentes de la vida; y secan sus limpios y hermosos manantiales. Volvemos nuestros ojos al hogar doméstico; recordamos la dulzura de una amistad grata y verdadera; nos referimos, en fin, al bendito lazo que Dios ha hecho, admirable surtidor de la divina gracia. En estas bellísimas regiones, si así pueden llamarse, preséntase el amor, brindando con la dicha. ¡Cuán felices somos, en efecto, cuando amamos á todos aquellos con quienes tenemos una misma sangre! Nuestros padres y hermanos son para nosotros, objetos muy queridos: su dicha engrandece nuestra propia dicha: y el corazon del hombre se dilata en dulces y tiernas expansiones, al tratar con seres tan amados, viviendo bajo el mismo techo, teniendo los mismos intereses, y formando, en fin, no mas una familia.